

# MEMORIA DEL CAMBIO

## ¿HACIA UN PLURALISMO MODERADO EN MORELOS?

Morgan Quero\*



*Adivina un enigma en todo lo que sabes [...] y olvídate de los secretos: son ánforas vacías. Distracciones. Mejor dale vueltas –muchas vueltas– a lo que ya sabemos. Allí están los misterios.*  
Carlos Fuentes, *La silla del águila*

**D**escifrar y comprender, interpretar y explicar los procesos electorales en México, y en Morelos, se ha vuelto un arte imposible. Todavía más cuando las elecciones se hacen cada vez más competidas y sorprendentes como el caso de las municipales y legislativas estatales en julio del 2003. Y es que Morelos parece ocupar un lugar aparte entre las experiencias locales de transición que se vivieron en el país en los años noventa. A pesar de poseer una amplia historia política, o probablemente por eso, Morelos vivió de forma crítica y caótica su proceso de cambio político. Esta crisis se expresa por la velocidad con la que se desencadenaron los conflictos y se multiplicaron las incertidumbres. Entre 1997 y 2000 se vivió un periodo histórico marcado por la inapelable derrota priista; la difícil experiencia de un gobierno dividido; el aumento de la participación ciudadana tanto en las

urnas como en los movimientos sociales; una crisis de seguridad pública sin precedentes que precipitó la salida del gobernador Carrillo Olea y su sustitución por dos gobernadores interinos más. Todo esto sin olvidar una transición a la “izquierda” (triumfos electorales del PRD) en 1997, que dio lugar a otra, hacia la “derecha” en el 2000.

Al poner en perspectiva el momento político electoral que se vive en el estado es necesario vincularlo con su corolario fundacional: las elecciones generales del 2000.<sup>1</sup> Hace ya mucho lo planteaba claramente Alain Roquié: “La llegada al poder de hombres nuevos [...] puede parecer a la opinión pública [...] como un verdadero cambio de régimen. Cambio efectivo si las políticas seguidas se dirigen a nuevos actores colectivos e implican un reacomodo de las reglas de juego en el campo simbólico o distributivo que afecta el orden mismo de la forma institucional del poder”.<sup>2</sup>

Si en el 2000 los morelenses votaron por un cambio político, en el 2003 lo hicieron por lo que éste representaba como conquista y ya no como expectativa. El

\* Politólogo e investigador del CRIM. Se desempeñó como coordinador del Programa de Estudios sobre el Estado de Morelos entre 1997-2000. Es profesor del curso teoría de la democracia en el posgrado de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM

reacomodo de las reglas de juego, o del orden institucional del poder, derivaba más bien del parteaguas del 2000, y ya no de delegarle a un actor principal la hegemonía en la construcción política democrática. Así, el voto del 2003 puede, eventualmente, replegarse en un abstencionismo militante y perplejo, o expresarse en la fragmentación electoral para construir fronteras de articulación y autonomía en el sistema político entre los nuevos actores.

Del control medido o la coacción directa, el sistema político se ha vuelto, paulatinamente, pluralista y abierto, pero caótico para muchos ciudadanos. Incertidumbre, desencanto y acuerdos son ahora los términos contrapuestos que subyacen a la vida política nacional.<sup>3</sup> Y Morelos no es la excepción.

“NO ES LO MISMO EL 2000, QUE TRES AÑOS DESPUÉS”

“Morelos vive el cambio”, reza el eslogan del nuevo gobierno panista del estado. Surgido del voto en las elecciones del 2 de julio del 2000, el gobierno encabezado por Sergio Estrada Cajigal no cesa de reafirmar su legitimidad, con base en las expectativas de cambio

de amplios sectores de la ciudadanía. Pero sus alcances, así como sus contornos, no están del todo claros. Se repite hasta la saciedad un concepto que ha devenido lugar común y, a pesar de ser sinónimo de confusión, parece recrear esperanzas de futuro.<sup>4</sup>

Si en el 2000 el PAN se convirtió de la noche a la mañana en la primera fuerza política de Morelos, el rasgo más llamativo de las elecciones del 2003 fue la paridad electoral de los tres partidos más importantes. En las municipales del 2000, el PAN obtuvo 39 por ciento de los votos, contra 31 por ciento del PRI, y sólo 21 por ciento de la Alianza por México, liderada por el PRD. En el 2003, para las mismas municipales, el PAN obtuvo 29 por ciento de los votos, el PRI 26 por ciento y el PRD 23 por ciento.<sup>5</sup>

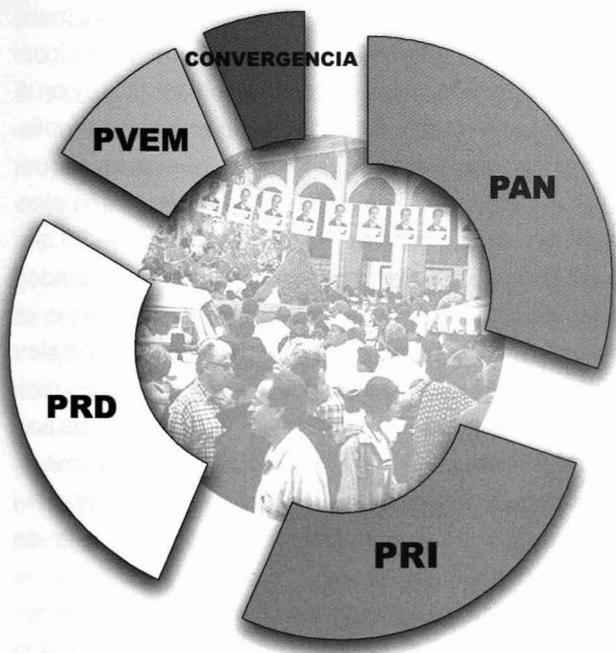
En la elección para el congreso del estado del 2000, de un total de 30 escaños, el PAN logró 15 con 41 por ciento de los votos; el PRI 12 con 29 por ciento, y el PRD tres, plurinominales todos, con apenas 20 por ciento. En el 2003 (véase gráfico 1), para la misma elección, la distancia entre los tres grandes partidos se acortó: 28 por ciento el PAN y sólo nueve diputados; 25 por ciento el PRI y ocho diputados y, muy cerca, el PRD con 23 por ciento y con ocho diputados.

Aunque esta paridad relativa coloca al PAN en el primer lugar de las preferencias electorales en Morelos, no le otorga la mayoría, ni en el Congreso, ni en ninguno de los ayuntamientos que gobernará. Los resultados del 2003 marcan un claro descenso de diez por ciento, a 13 por ciento en la votación a favor del PAN, en comparación con las del año 2000.

Sin duda, el mantenerse como primera fuerza política en el estado está estrechamente ligado a la forma en que el candidato a gobernador por el PAN obtuvo su victoria en el 2000. A pesar de repetir hasta la saciedad que el “efecto Fox” había sido decisivo para el triunfo panista, no había tal cosa. Más bien estábamos ante un fenómeno político que revelaba la importancia de la dinámica política local-estatal, donde el candidato Estrada Cajigal, del PAN, se convertía en el protagonista. Mientras Fox llegó a obtener en Morelos 45 por ciento de los votos, Estrada Cajigal lo rebasó ampliamente con 55 por ciento. Alguien podría afirmar que estábamos ante el “efecto Estrada Cajigal”; punta de lanza simbólico que abonó en provecho del candidato a pre-

Gráfico 1

Conformación del Congreso del Estado de Morelos  
2003-2006



sidente, del mismo partido y de todos sus candidatos a puestos de elección en el estado.

Esta amplia legitimidad electoral del PAN lograda en el 2000 le permitió, en el 2003, mantener un liderazgo como partido de gobierno fortaleciéndose, paradójicamente, con el ensanchamiento de las opciones partidarias. La sorprendente irrupción electoral tanto del Partido Verde Ecologista de México (PVEM) con ocho por ciento de la votación para ayuntamientos y nueve por ciento de la votación al Congreso, así como del Partido Convergencia, con seis por ciento de la votación para ayuntamientos y para el Congreso fue el rasgo novedoso del 2003. En el caso del PVEM, había alcanzado apenas dos por ciento de la votación para el Congreso del Estado en el 2000. Por eso, no era descabellado pensar que la consistente votación que obtuvieron ambos partidos “pequeños” era resultado de un realineamiento por parte de un amplio grupo de electores que en el 2000 le habían dado su preferencia a Acción Nacional. Así, los votos perdidos por el PAN entre el 2000 y el 2003 no irían hacia sus partidos rivales. El PRI, a pesar de mantenerse como la segunda fuerza, veía su votación disminuir, y la ligera mejora del PRD podía explicarse por la fidelidad ideológica y la participación más constante de su electorado, entre una elección y otra.

Este panorama nos permite observar una inédita fragmentación del cuerpo electoral en su búsqueda de nuevas alternativas políticas. Pero también nos coloca ante la probable instauración de un sistema político morelense multipartidista, más parecido al que ya existe a nivel federal, que podríamos llamar, con otros,<sup>6</sup> de pluralismo



moderado. Dicho cambio, por ahora, obedece a una profundización del proceso democrático ya que, al mismo tiempo, legitima la diversidad política y confirma la transformación del sistema político del 2000. Paralelamente, al interior de este pluralismo, el tripartidismo encuentra también su propio límite, al observar su difícil expansión por un lado y, por otro, la imposibilidad de ampliar la hegemonía de uno de los tres partidos ante los otros dos.

“EL VOTO ES SECRETO, POR ESO NO VOTO”

En el pasado, el antiguo régimen priista había incorporado, si no alentado, el abstencionismo. Las elecciones en regímenes autoritarios tienden a anular la competencia y a fomentar el control clientelar,<sup>7</sup> como ocurrió en Morelos por los menos hasta 1991. Por eso, el voto y la participación ciudadana, particularmente electoral, se convirtieron en un baluarte de la democratización en sí. Siguiendo la feliz expresión de Mauricio Merino, podemos decir que en México asistimos a una “transición votada”. Pero, ¿qué pasa cuando la participación electoral se derrumba, como sucedió en las recientes elecciones de julio del 2003?

En el 2000 la participación electoral en Morelos había alcanzado 63 por ciento, y en el 2003, 49 por ciento. A pesar de su descenso, en Morelos la caída fue menos brusca que en el resto del país. Esto se debía a la tradición política y la dinámica social de los pueblos y municipios del estado, en donde la pugna por el poder local había encontrado en las elecciones competitivas, y en el voto ciudadano, una eficaz forma de expresión ampliamente legitimada desde la sociedad. De este modo, por ejemplo, los municipios en donde la participación electoral superó 60 por ciento en el 2003, en diez de 33 que tiene el estado. Salvo uno, todos fueron conquistados por partidos de oposición al PAN, o sea el PRI, el PRD o, incluso, México Posible. Éstos son municipios rurales con alto grado de marginación y, eventualmente, periféricos. En cambio, el abstencionismo electoral, una participación inferior a 50 por ciento, se manifestó con mayor claridad en los municipios más urbanos, allí donde el PAN obtuvo victorias importantes, como son el caso de Cuernavaca y Temixco.

En el 2003 la participación electoral seguía poniendo de manifiesto la búsqueda de un cambio entendido

como alternancia política. Sus contornos tenían aires plebiscitarios y se privilegiaba el recambio dentro del tripartidismo. Recuperaba el aliento que había animado el voto en los inicios de la transición política: zanjar conflictos políticos y proyectar un seguro ganador a través de la pugna por el voto útil. Pero también aparecía un peligroso, y aún mal estudiado, abstencionismo militante, funcional como pocos, al sistema político surgido de las urnas en el 2000.

Este nuevo abstencionismo era sinónimo de un ciudadano que evitaba tomar partido en los nuevos conflictos políticos. En la explosión de alternativas y candidaturas partidistas, doce en total en Morelos para el 2003, el abstencionista parecía sugerir que todos eran igual. Ampliamente difundido por los medios de comunicación locales, este argumento terminaba haciendo eco de una renaciente tentación autoritaria, expresión de desencanto ante la ausencia de logros concretos del régimen democrático. En contraste, los partidos se frotaban las manos: el PAN lograba mantener su control como partido de gobierno en varios municipios; el PRI sobrevivía; el PRD se mantenía expectante, y el PVEM y Convergencia recogían los primeros frutos amargos de la frustración.

¿Podría el abstencionismo estar estrechamente vinculado con una tradición política fuertemente enraizada en la experiencia histórica del estado? Nos referimos, particularmente, a un planteamiento retomado por Claudio Lomnitz<sup>9</sup> en uno de sus estudios sobre Morelos. En él señala la carencia de una participación constante en los asuntos públicos, por considerarlos el ámbito propio de los políticos, personajes cargados de una imagen negativa, asociados a la corrupción y a la palabrería. Este divorcio entre gobernantes y gobernados generaría una doble actitud, tanto de pasividad, como de legitimación de la protesta.

Mientras las cosas no llegan a un punto crítico, la sociedad ignora o desprecia a los políticos. Y cuando la crisis estalla, los ciudadanos se movilizan a través de todos los medios a su alcance, ocupando simbólica o materialmente los espacios de poder, las calles, y participando electoralmente. Esto fue lo que sucedió en Morelos al regresar a la tradicional pasividad el ciudadano, en un sistema político que se hacía no sólo más complejo, sino más competido y más plural. Su



participación ya no era definitoria; la transición se había concretado. La diferencia de matices entre propuestas, candidatos y partidos se hacía invisible e incomprensible. Tal parecía que el sistema representativo terminaba dándole la espalda a las inquietudes y preocupaciones ciudadanas, desde el empleo hasta la inseguridad, pasando por el apoyo al campo y los problemas de transporte.

Lo público es constitutivo de lo político. Exige cualidades de opinión, de toma de conciencia, de expresión de proyectos que tarde o temprano tienen que salir del ámbito de lo privado. Pero al hacerlo solicita del ciudadano una definición, momentánea pero decidida, a favor de una opción política. Al preferir abstenerse a la hora de votar, el razonamiento del ciudadano le confiere al secreto el estatuto protector de lo privado sobre lo público. Más aún; generaliza con su silencio una creencia: la de la superioridad de lo privado sobre lo público. Jamás hubo una derrota más íntima de la democracia.

#### CONCLUSIONES

Las elecciones del 2000 constituyeron un momento fundacional en la vida política nacional y estatal. El cambio en la correlación de fuerzas políticas se asentó en la legitimidad que le otorgó una amplísima participación electoral. Si el PAN fue el primer beneficiado de dicho cambio, no lo fue necesariamente por mucho tiempo. Las enormes expectativas asociadas a la mejora en las condiciones de vida y a la eficiencia del sistema político fueron diezmando al partido gobernante pero, sobre todo, colocando peligrosamente bajo sospecha

al régimen democrático en su conjunto. Sin embargo, a pesar de un retroceso autoritario latente a causa del abstencionismo anunciado, en el 2003 los partidos políticos se adaptaron con rapidez a esta coyuntura, y se integraron a las disputas por el poder local en los municipios. En Morelos, los ciudadanos salieron a votar en un porcentaje mayor que en el resto del país. No sin fricciones y acomodos, los partidos se encontraron, a pesar de todas las críticas, paradójicamente fortalecidos. Hoy son un factor clave en la negociación política en el Congreso y los cabildos, y la alternancia es de ida y vuelta. Con su participación, los morelenses no sólo definieron varias elecciones municipales por un margen estrecho de votos, también dibujaron un nuevo mapa electoral y un sistema multipartidista, inédito hasta entonces.

El pluralismo moderado surgido de las elecciones del 2003 contrasta con el modelo tripartidista del 2000, en donde el PAN logró la hegemonía momentánea. Su importancia no sólo radica en la nueva dinámica que le imprimirá al sistema político en su conjunto, sino al cambio de percepción de muchos ciudadanos, los cuales el día de la jornada electoral prefirieron no salir a votar, convencidos de no haber espacio para su representación en el escenario político. Resta saber si los actores políticos y los partidos, el gobierno estatal y la sociedad civil local, los medios de comunicación y los grupos de presión, estarán a la altura de las circunstancias para encauzar los futuros procesos políticos fortaleciendo la gobernabilidad democrática y asumiendo sus reponsabilidades como representantes de la diversidad social refrendada en las urnas. ☉

#### NOTAS

- <sup>1</sup> Recordemos que en el 2000 Morelos votó al unísono en elecciones federales, estatales y municipales.
- <sup>2</sup> "Changements politiques et transformation des régimes", en Jean Leca y Madeleine Grawitz, *Traité de science politique*, t. 2, PUF, París, 1985, pág. 601 (la traducción es nuestra).
- <sup>3</sup> "El desencanto por la democracia" es el título del *dossier* previo a las elecciones del 2003, *Nexos*, año 25, vol. xxv, núm. 306, junio de 2003.
- <sup>4</sup> El eslogan de campaña del PAN en Morelos para el 2000 fue "Morelos merece el cambio" (el subrayado es nuestro).
- <sup>5</sup> Los resultados pueden consultarse en la página Web del Instituto Estatal Electoral de Morelos [www.ieemorelos.org.mx](http://www.ieemorelos.org.mx), y los federales en [www.ife.org.mx](http://www.ife.org.mx).
- <sup>6</sup> Giovanni Sartori, *Partidos y sistemas de partidos*, Alianza Universidad, Madrid, 1997. Y una lectura indispensable es el artículo de Soledad Loaeza "El tripartidismo mexicano", *Boletín Editorial de El Colegio de México*, núm. 89, enero-febrero 2001.
- <sup>7</sup> Recordamos aquí el ya clásico libro de Guy Hermet, Alain Rouquié y Juan Linz, *¿Para qué sirven las elecciones?*, FCE, México, 1992.
- <sup>8</sup> *Evolución de una sociedad rural*, SEP-FCE, México, 1982.